

¿QUÉ LUGAR OCUPA EL MONJE EN LA SOCIEDAD?¹⁰³

Es una cuestión que a menudo nos plantean nuestros visitantes. nuestros huéspedes. Pero, vayamos más lejos, es una cuestión que también a menudo se plantea el monje así mismo. En el primer momento la respuesta no es clara. Por otra Parte es demasiado compleja y sería ridículo pretender tratarla exhaustivamente en pocas líneas. Simplemente querríamos proponer aquí un punto de vista para llamar la atención y, eventualmente, para provocar las reacciones del lector.

Primero hay que hacer notar que cuando uno se interroga acerca del lugar que ocupa el monje en la sociedad o -para decirlo en un vocabulario bastante extendido- acerca de su presencia en el mundo, se pueden plantear dos cosas diferentes. Puede tratarse del lugar del cristianismo y de la vida religiosa en el mundo de hoy y entonces el monje se interroga y es interrogado en tanto que cristiano y religioso. El problema en este caso no difiere en nada del que cada cristiano o cada religioso puede plantearse.

Pero la vida monástica no es la vida religiosa. Sin duda la pertenencia a una comunidad benedictina o cisterciense no se deja disociar de la vocación a seguir a Jesucristo. Sin embargo no podría reducirse solamente a la vocación religiosa, pues esta vocación encuentra además otras realizaciones y queda por explicar por qué aquel que se hace monje no se hace jesuita.

Dejando de lado la cuestión de la presencia del cristianismo en el mundo de hoy trataremos de reflexionar aquí sobre la presencia del monje como monje. ¿Por qué un monje se plantea el problema de su presencia en el mundo? ¿Por qué más bien él y no un campesino o un comerciante? (pues no parece que el campesino ni el comerciante están de tal modo familiarizados con esta clase de interrogantes ni que su género de vida lo suscite en el espíritu de los otros...). ¿Por qué un monje puede llegar a preguntarse si vive una vida real o alguien puede llegar a planteárselo respecto del monje y no respecto del hombre que cultiva papas, que maneja máquinas o se dedica a otros servicios diversos? *In labore hominum non sunt*, dice un salmo a propósito de los malvados: del trabajo de los hombres están ausentes. Aún cuando muchos no lo dirían -por cortesía o discreción- secretamente se preguntan a veces si la fórmula no se aplicaría también un poco a los monjes. Y puede ocurrir que el mismo monje sienta que por esta brecha penetra en él cierta mala conciencia.

Se puede hacer observar que la condición de los hombres es tener un oficio y vivir de él. No es posible ejercer a la vez varias profesiones. Ahora bien, uno se puede preguntar cómo se sitúa el monje en relación a este hecho general.

Un primer tipo de respuesta podría ser que los monjes ejercen profesiones muy diversas; hay entre ellos mecánicos, profesores, jardineros, contadores, etc. Y entonces se podría hacer consistir la responsabilidad profesional en la participación de las condiciones y del respeto a las reglas que se imponen a estas diversas profesiones.

Un segundo tipo de respuesta sería que, al contrario, la profesión de los monjes, es precisamente ser monjes y hacer presentes y accesibles cierto número de bienes a los cuales la imposibilidad de contabilizarlos en el presupuesto nacional no impide, sin embargo, que sean de una importancia vital para el equilibrio de una sociedad humana.

¹⁰³ De la revista: *Presence d'En Calcat*, 27 de julio de 1970. Tradujo Sor Ma. Inés Escudero, osb. Sta. María Madre de la Iglesia. Uruguay.

En el primer caso evidentemente hay que preguntarse según qué al criterios una asociación de varias personas que ejercen diferentes profesiones podría definirse a sí misma como monástica. Y aún suponiendo que estos diferentes asociados ejercen sus diversas profesiones en el seno de una misma empresa, habría que preguntarse qué es lo que hace que esta empresa pueda ser llamada un monasterio.

De todas maneras parece que en estas condiciones, el adjetivo monástico no llega a calificar más que la vida privada de los asociados quienes no aparecerán profesionalmente como monjes, sino como vendedores de cera, de legumbres o de cualquier otra cosa. Si se agrega a esto que la vida profesional de un hombre es el lugar de su compromiso social, es evidente que razonando sobre estos fundamentos se encontrará que el cuadro actual de la vida monástica impide a los monjes estar normalmente insertados en el mundo y los mantiene en las mismas proporciones fuera de lo real, viviendo, sin compromiso profesional normal, más o menos al margen de las profesiones a las cuales están relacionados por sus actividades. Sin duda es cierto que en muchos monasterios se podría progresar, en el sentido de concede, un poco más de seriedad a las exigencias de la vida profesional. Pero no es cierto que sea suficiente para esto hacerse carpintero con los carpinteros, albañil con los albañiles, profesor con los profesores, etc.

Recordemos aquí la segunda hipótesis propuesta al principio: la profesión del monje sería precisamente la de ser monje.

En esta hipótesis uno se puede preguntar si los monjes tienen una visión realmente clara de lo que es su propio oficio y si lo viven de modo que manifiesten claramente en qué consiste. Si a veces los monjes pueden tener y dar la impresión de estar mal integrados en la sociedad, esto podría provenir de una cierta ligereza con que la misma profesión monástica, tal como la vive en concreto, rodea al tipo de servicio que está llamada a prestar, y de esta manera, oculta a la mirada su valor humano y su utilidad.

¿Cuál es pues esta profesión y cuál es su utilidad? En términos paganos pero perfectamente cristianizables se podría decir que el monje es un hombre que busca la iluminación contemplativa y que practica la ascesis que conduce a tal iluminación o al menos le permite acercarse a ella. Si la palabra iluminación causa miedo se podría definir de manera más amplia y menos precisa el dominio y la competencia normal del monje: la búsqueda de la libertad interior y de la autonomía en la línea de una tradición que otorga un gran lugar a la oración, al trabajo, a la meditación y al ejercicio de la vida comunitaria.

Si la condición de los hombres es tal que les es imposible tener varias profesiones a la vez, sólo cuando elige responder francamente a las exigencias de la profesión así definida, el monje reunirá la condición y la realidad comunes: la del trabajo humano. Se, dice a menudo que nuestra época es materialista y que en general, apenas está pronta a conmoverse por el hecho de que tal profesión se ejerza o no. De hecho, como en otro tiempo, las necesidades espirituales del hombre forman parte de su naturaleza y nuestros contemporáneos están más convencidos de ello de lo que a veces se piensa. Se plantean el problema de la presencia de los monjes en el mundo de la misma manera que se plantearían el problema de la presencia en el mundo de un campesino que no supiese labrar o de un comerciante que no supiese sumar. Este comerciante y este campesino -¿es necesario decirlo?- serían, como tales perfectamente inútiles.

Si a veces el monje puede tener o dar la impresión de estar situado fuera de la vida real, tal vez sea únicamente porque la ley de la vida real es la de consagrarse a una sola tarea y tener éxito en ella en proporción de los esfuerzos consentidos. ¿Se respeta suficientemente esta ley de la realidad? En caso contrario ¿sería necesario buscar en otra parte la explicación de un cierto fondo de mala conciencia o de las críticas que se les dirige, o bien de una cierta indiferencia por la cual se les ignora?

Esta última observación se adelanta a otra objeción. Porque, en fin, es necesario vivir bien y aún siendo monje, es muy necesario ganarse el pan. Pero ¿cómo se podrá hacer esto si no se puede tener más que una sola profesión y si la del monje es la de meditar? ¡La utilidad social de la cosa aún no está reconocida hasta tal punto que se pueda vislumbrar la posibilidad de funcionalizar la profesión! ¿Entonces?

Una primera respuesta podría ser -y esta respuesta es válida- que si el ejercicio de la profesión monástica no permite que el monasterio se transforme en una empresa, según las normas de la producción industrial, tal como es rentable para los individuos encargados de una familia, es compatible, sin embargo, con el mínimo de trabajo comercializable exigido para la satisfacción de las necesidades materiales moderadas de un grupo de ascetas.

Pero sin duda hay también otra respuesta que va más lejos. ¿Cómo vive un artista? Del éxito de sus obras. Si sus obras no tienen éxito él sabrá imponerse la pobreza antes que renunciar a su arte y, si tiene verdadero talento, a menudo la perseverancia dará sus frutos. También es verdad que puede reconocer que nació sin talento y cambiar de oficio. No se ve por qué el monje no podría vivir de su profesión monástica en caso de que ésta respondiera realmente a necesidades efectivas y que él mismo tuviera las aptitudes requeridas para esta profesión. Para no avergonzarse de recibir dinero a cambio de su servicio, bastaría que el monje tenga conciencia de cumplir realmente con este servicio. A la inversa, los testigos de una vida monástica auténtica no dejarían de valorar esta autenticidad y vendrían en su ayuda. Los hombres de este tiempo -y esto es lo que, a su manera, indica la rebeldía de los jóvenes- esperan algo grande. Ellos esperan, consciente o inconscientemente, en la desesperación o en la cólera. Ellos esperan la vida. Monjes o no, todos los que vivan verdaderamente responderán a esta esperanza.

Cuando uno relee capítulos como los capítulos IV y VII de la *Regla* de san Benito o como el prólogo de la misma *Regla* encuentra allí el eco de una experiencia, de una vitalidad, de una intensidad contemplativa, junto a la cual la realidad monástica actual corre el riesgo de aparecer un poco empañada. ¿Deseamos suficientemente todavía esta experiencia, esta intensidad de vida, aunque se pueda interpretar la letra de modo que se reactualice su espíritu? ¿Queremos ésto y creemos que es posible?